

le desempeña concienzudamente, gratis y hasta el fin. En esos buenos pasos le acompaña Chaucer, sin escandalizarse, todo lo lejos posible. Al contrario, se huelga. En el momento delicado, con visible hipocresía, se escuda tras el nombre de su autor. Si esto os parece libre, dice, no es culpa mía: «así lo escribieron los doctos en sus rancios libros», y hay que traducir lo que está escrito. No sólo se nos presenta alegre, sino zumbón, desde el principio hasta el fin; ve claro al través de los subterfugios del pudor femenino; se ríe maliciosamente, y sabe bien lo que ocultan; parece decirnos poniéndose un dedo en los labios: «¡Cht!, dejad correr las palabras pomposas; vais á edificaros en seguida». Nos edificamos, en efecto, y él también; por eso en el momento escabroso se marcha y se lleva la luz, diciendo «que para nada hace falta allí, ni él tampoco.» Troilo, dice Pandaro, si sois juicioso, no volváis á desvaneceros, porque se movería ruido, y vendrían.» Troilo procura no desvanecerse, y Criseida, ya sola con él, habla al fin. ¡Con qué ingenio y con qué discreta finura! Aquí todo es primor; ninguna grosería. La dicha lo encubre todo, aun la voluptuosidad, con la profusión y los perfumes de sus divinas rosas; á lo más asoma una ligera punta de malicia: Troilo tiene en los brazos á su dama: «No nos ponga Dios en peores trances.» El poeta está casi tan contento como ellos; para él, como para los hombres de su época, el soberano bien es el amor, no tímido, sino satisfecho; hasta se acaba por considerar como un mérito esa clase de amor. Las damas declaran en sus sentencias «que, cuando se ama, no se puede negar nada á quien os ama». El amor tiene fuerza de ley; está inscrito en un código; se le mezcla con la religión, y hay una misa del amor en que los pájaros, con sus cantos al

ternados (1), nos ofrecen un oficio divino como el de la misa. Chaucer maldice con todo su corazón al avariento y al hombre de negocios que le tratan de locura: «Dios debería ponerles orejas de burro tan largas como las de Midas... para enseñarles que ellos se revuelcan en el vicio, y no los amantes á quienes desprecian. ¡Que Dios les dé mala suerte, y proteja á todos los amantes!» Obvio es que aquí falta la severidad. Es rara en las literaturas del Mediodía; los italianos, en la Edad Media, convertían el júbilo en una virtud, y ya veis que esé mundo caballeresco, tal y como Francia le inventó, ensancha la moral hasta confundirla con el placer.

## VI

Todavía hay rasgos más festivos: ahora viene la verdadera literatura gala, los sabrosos *fabliaux*, las malas pasadas jugadas al prójimo, no envueltas en la frase ciceroniana de Boccacio, sino contadas con soltura y por un hombre de buen humor. Ahora viene sobre todo la malicia vivaracha, el arte de reirse á expensas del vecino. Chaucer tiene más que Rutebeuf, y á veces tanta como La Fontaine. No aplasta; pincha de pasada, y no por odio ó indignación profunda, sino

(1) *The Court of Love*, hacia 1353 y siguientes. Véase también el *Testamento del Amor* (atribuidos erróneamente á Chaucer).



por viveza de ingenio y pronta percepción de las ridiculeces, que arroja á manos llenas sobre los personajes. Su alguacil es «el hombre más atareado del mundo, y, con todo, parecía más ocupado de lo que estaba». Sus tres burgueses, «por su sensatez, son bien merecedores de ser *aldermen*, porque poseen una porción de ganado y de rentas»; y tened por seguro que «sus mujeres no se hubiesen opuesto». El limosnero lleva por delante su maleta, «repleta de indulgencias acabadas de llegar de Roma». La burla fluye aquí á la francesa, sin esfuerzo, ni violencia, ni cálculo. ¡Es tan grato y tan natural despellejar al prójimo! A veces el precioso venero es tan abundante que nos da toda una comedia, libre si se quiere, pero ¡tan franca y tan viva! Tal es el retrato de la mujer de Bath, viuda de cinco maridos «sin más». En toda la parroquia no había nadie que le tomara la delantera en la ofrenda; «si había alguna, se irritaba tanto que se le agotaba la caridad». ¡Qué lengua! Impertinente, vanidosa, atrevida, charlatana furibunda, hace callar á todo el mundo y divaga durante una hora antes de entrar en materia. Oye uno la voz vibrante, sostenida, alta y clara con que ensordecía á sus maridos. Revuelve de continuo las mismas ideas, repite sus razones, las copia y amontona, como una mula temosa que corre sacudiendo y sonando sus campanillas, en términos que los oyentes, aturdidos, se quedan con la boca abierta, maravillándose de que una sola lengua pueda dar abasto á tantas palabras. El asunto bien valía la pena. La mujer demuestra que hizo bien en casarse cinco veces, y lo demuestra en un estilo claro, como hembra perita: «Dios nos ha dicho: creced y multiplicaos.» He ahí un «bonito texto», que ella ha «sabido comprender perfectamente». «Yo sé también que Dios

ha dicho que mi marido abandonaría á su padre y á su madre para unirse á mí. Pero ¿dónde hizo Dios mención de número, y en qué pasaje prohíbe tomar un segundo ó un octavo marido? ¿Por qué, pues, se hablaría indignamente de mi caso? Ahí tenéis el sabio rey Salomón; me parece que tenía más de una mujer. ¡Pluguiera á Dios que hubiese yo podido cambiar tan frecuentemente como él!... ¡Bendigo á Dios por haberme casado con cinco! ¡Bien venido sea el sexto cuando se presente!... Cristo ha hablado para los que quieren vivir santamente. Y, señores, con vuestro perdón, yo no soy de ese número. Yo quiero dedicar la flor de mi edad á los actos y á los frutos del matrimonio... Yo quiero un marido, y no le soltaré!» Chaucer usa aquí las franquezas de Molière, y nosotros no las usamos ya; su burguesa justifica el matrimonio al modo de Sganarelle. Hay que volver la hoja un poco deprisa, y seguir muy por cima toda esa odisea de matrimonios. La esposa aventurera que ha pasado ya por cinco maridos sabe el arte de domeñarlos, y refiere cómo los acosaba con sus celos, sus sospechas, sus reprimendas y sus querellas, qué de bofetones daba y recibía, y cómo el marido, sofrenado por la continuidad de la borrasca, bajaba la cabeza, aceptaba el cabestro y daba vueltas á la muela doméstica como pollino conyugal y resignado. «Yo los hacía freirse en su propia grasa, de ira y de celos. Salía á pasearme de noche, y al regreso les juraba que era para vigilar sus malos pasos. Jamás les dejaba decir la última palabra. No les hubiera valido ni el tener al Papa de su parte. Por lo que hace al cuarto, ¡santo Dios! fui su purgatorio sobre la tierra; así que supongo que su alma estará en la gloria.» En cuanto al quinto, le vió por primera vez en el entierro del cuarto, detrás del ataúd, y le pare-



ció tan bien formado de piernas, que no tuvo más remedio que tomarle por marido. «Creo que él no pasaba de veinte inviernos, y yo, á decir la verdad, tenía cuarenta años. Pero ¡á Dios gracias! era fresca, y guapa, y rica, y *joven*, y bien nacida.» ¡Qué expresión! ¿Se ha pintado nunca más afortunadamente la ilusión humana? ¡Qué vivo es todo esto, y cuánta soltura! He ahí ya la sátira del matrimonio; la encontraréis en Chaucer multitud de veces; para agotar los dos asuntos perpetuos de la burla francesa, no hay más que añadir á la sátira del matrimonio la sátira de la religión.

Aquí la tenemos, y no la hay más punzante en Rabelais. El fraile que pinta Chaucer es un camandulero (1), una buena púa que conoce las posadas y los posaderos campechanos mejor que los pobres y los hospitales. No es «honroso», dice, habérselas con esa chusma. Confesemos á los ricos, á «los vendedores de vitualla». No se gana honra y provecho más que con ellos. Pero hay que saber componérselas, como él. Es hombre ducho; oye la confesión con semblante afable y dulce; su absolución es sumamente bondadosa. En punto á penitencias, no es exigente. Basta que se le dé «buena pitanza». «Porque dar á los pobres frailes es señal de haber hecho una buena confesión.» Las malas lenguas dirán que el penitente está muy poco arrepentido y muy poco contrito; pura calumnia. Hay personas que se duelen sinceramente de sus culpas, y que, sin embargo, no pueden llorar y demostrar ostensiblemente su remordimiento. Es lo que pasa con el rico; la verdadera prueba, la prueba sobrada de que es buen penitente, de que está muy afligido y bien dispuesto, es que ha dado mucho.

(1) *Prólogo de los cuentos de Cantorbery.*

Esa ironía tan viva aparece ya en Juan de Meung. Pero Chaucer la lleva más lejos y la pone en acción; su fraile pide de casa en casa, alargando el morral. «Dadnos una fanega de trigo, de cebada ó de centeno, medio penique, un pedazo de queso, lo que queráis; todo nos hace, ó dadnos jamón, si tenéis, un retazo de vuestra manta, buena señora, querida hermana (ved: aquí escribo vuestro nombre), tocino, carne, ó lo que encontréis.» Promete rezar por todos los que inscribe; apenas sale, borra los nombres. Entre todos esos nombres, hay uno con que cuenta. Ha reservado para el fin de su jira á Tomás, uno de los mejores parroquianos. Le encuentra enfermo en la cama; he ahí un excelente fruto que chupar y exprimir. «¡Pobre Tomás! ¡Con cuánta pena me has tenido! ¡Cuántas oraciones he rezado por tu salud! A propósito, hoy he visto en misa al ama. ¿Dónde está?» Entra la mujer. El se levanta cortésmente, y la saluda de un modo muy afectuoso. La estrecha bien entre sus brazos, la besa con dulzura y chirría como un gorrión. Después, con el tono más benigno y con las inflexiones de voz más cariñosas, se deshace en cumplimientos. «¡Bendito sea Dios que os ha dado el alma y la vida; no he visto hoy en la iglesia mujer tan hermosa como vos!» ¿No es ya Tartufo al lado de Elmira? Pero aquí está en casa de un colono, y puede ir más derecho al grano. Despachados los cumplidos, piensa en lo sólido, y suplica á la mujer que le deje hablar un poco con Tomás. Necesita enterarse del estado de su alma. «¡Estos curas de aldea son tan descuidados y tan torpes para sondear delicadamente una conciencia!» Por supuesto, dice, nada de hacer despilfarros por mí. «Aunque no me dieseis más que los menudillos de un capón, con una rebanada de pan blanco y la cabeza de un cochino asado (¡pero yo



no quisiera que por mí se matase un animal!), con eso tendría bastante: soy hombre de poco comer; mi espíritu se reconforta con la Biblia»; mi cuerpo está tan quebrantado por las vigiliás, «que tengo echado á perder completamente el estómago». ¡Pobre hombre! levanta los ojos al cielo, y acaba dando un suspiro.

La mujer le dice que su hijo ha muerto hace quince días. En un santiamén fabrica un milagro; ¿puede uno ganar mejor su dinero? En el dormitorio del convento tuvo él la revelación de esa muerte: vió que se llevaban al niño al paraíso; de repente se levantó con todos los hermanos, y, «corriéndoles las lágrimas por las mejillas», rezaron sendas oraciones para dar gracias á Dios por esa merced. «Porque, señores míos, creedme á mí: nuestras oraciones son más eficaces y nosotros penetramos más en los secretos del Cristo que las personas seculares, así fuesen reyes. Es que vivimos en la abstinencia y la pobreza, y ellos entre riquezas y dispendios. Lázaro y el rico vivían de distinto modo, y también tuvieron recompensas diferentes.» A esto espeta todo un sermón en estilo nauseabundo y con intenciones manifiestas. El enfermo, harto ya, responde que ha dado la mitad de su fortuna á toda clase de frailes, y que, á pesar de todo, sigue padeciendo. Es de oír el grito doloroso, la indignación sincera del fraile mendicante, que se ve amenazado por la competencia de un cofrade en su parroquia, en su renta, en su hacienda, en su olla.» ¡Oh Tomás! ¿Obras bien así? El que se ve asistido por un buen médico, ¿qué necesidad tiene de irse á buscar otros médicos por la ciudad? Vuestra inconstancia es vuestra confusión. ¿Creéis que yo y todo nuestro convento no nos bastamos para rezar por vosotros? Tomás, esa burla es una acción vituperable; tu enfermedad proviene de lo

poco que á nosotros nos toca.» Reconoced aquí al verdadero orador; se remonta á los grandes efectos para hacer cocer la olla. «Que se dé á ese convento un celemin de avena, á estotro veinticuatro cuartos, á ese fraile un penique, y que se vaya: he ahí lo que decís, impíos. No, no, Tomás: eso no puede ser así. ¿Qué vale una blanca dividida entre doce? Ya veis que toda cosa, cuando está entera, es más sólida que cuando se desparrama. Tomás, tú quisieras tener por nada todo nuestro trabajo.» Y vuelta á empezar el sermón en tono vehemente, gritando más á cada palabra, con ejemplos sacados de Séneca y de los antiguos. Terrible facundia, máquina del oficio que, manejada con constancia, debe extraer el dinero del paciente. «Dad para el enlosado de nuestro claustro, para los cimientos, para la fábrica. Socorrednos, Tomás, en nombre del que venció al infierno, porque si no tendremos que vender nuestros libros. Y si os veis privados de nuestras instrucciones, contad con que el mundo entero camina á su perdición. Porque el que privase á este mundo de nosotros, te digo, Tomás, ¡así Dios me salve!, que privaría al mundo del sol (1).» Por fin, Tomás, furioso, le promete un donativo; le dice que meta la mano en la cama para cogerlo, y le despide burlado sucia é ignominiosamente.

Descendemos aquí á la farsa popular; cuando hay empeño de divertirse á toda costa, se llega hasta la chocarrería grosera y aun hasta el chiste obsceno. Sabido es cómo florecieron las dos groseras y vigorosas plantas en el estiércol de la Edad Media, plantadas por el pueblo truhanesco de Champaña y de la Isla de Francia, regadas por los troveros, para ir á abrir-

(1) *The Sompnoures tale.*



se, salpicadas de lodo y encendidas de color, en las manazas de Rabelais. En el interin, Chaucer coge ya su ramillete. Maridos burlados, lances de mesones, peripecias de cama, cachetes, escarmientos de costillas y de bolsas: hay para provocar la risotada. Al lado de las nobles pinturas caballerescas, pone una cáfila de figurones al estilo flamenco, carpinteros, frailes, alguaciles; llueven los palos y se pasean los puños por los sendos lomos; salen al aire desnudeces rollizas; aquellos bellacos se estafan la hacienda y las mujeres, se tiran de lo alto de un piso, chillan y despotrican. Una magulladura ó una porquería legítima y verdadera pasa entre semejante gente por una chuscada. El alguacil burlado por el fraile le devuelve las tornas. «Tú te alabas de conocer el infierno. ¡Vaya una gracia! Los frailes y los diablos andan siempre juntos. Oid, si no, la historia de aquel fraile á quien un ángel transportó en visión al infierno para enseñarle á Satán. Satán tenía una cola más larga que la vela de una carraca. Alza el rabo, Satán, dijo el ángel, para que vea éste dónde está el nido de los frailes. Y en una extensión de más de media fanega de tierra salieron, como las abejas de su colmena, más de veinte mil frailes; se desparramaron por el infierno, y después volvieron á meterse en seguida en el sitio de donde habían salido. Tras lo cual Satán bajó la cola, y se quedó muy quieto (1).» Ese grato sitio, añade el narrador, «es la verdadera herencia de los frailes». He ahí las groseras chocarrerías de la imaginación popular. Advertid que no he traducido más que parte del texto, y dispensadme de mostrar hasta el fin cómo han pasado al poema inglés las demasías francesas.

(1) *The Sompnoures prologue.*

## VII

Ya es hora, además, de que lleguemos al verdadero Chaucer; pues amén de los dos grandes caracteres que permiten clasificarle en su siglo y en su escuela, hay otros que le separan de su escuela y de su siglo; si es novelesco y festivo como los demás, lo es á su manera. Cosa inaudita en aquel tiempo: observa los caracteres; nota sus diferencias; estudia la conexión de sus elementos; trata de presentar hombres vivos é individuales, como harán en su día los renovadores del siglo XVI, y, en primer término Shakespeare. ¿Es que empiezan ya á manifestarse el sentido positivo inglés y la aptitud para la observación interior? De lo que no cabe duda es de que apunta un espíritu nuevo, casi viril, en literatura como en pintura, en Chaucer como en Van Eyck, en los dos al mismo tiempo; no es ya simplemente la imitación infantil de la vida caballerescas (1) ó de la devoción monástica, sino el serio interés y la profunda exigencia de verdad por cuya virtud llega á ser completo el arte. Por vez primera, así en Chaucer como en Van Eyck, adquiere relieve el personaje; sus miembros tienen consistencia; no es ya un fantasma sin sustancia; se adivina su pasado; se ve venir su acción; su porte externo

(1) Véase en los *Cuentos de Cantorbery*, *The Rhyme of sir Thopas*, parodias de las ficciones caballerescas. Chaucer parece aquí un precursor de Cervantes.